

A piece of aged, cream-colored paper is laid on a dark wooden surface. The paper is held in place by a dark metal fastener in the top left and a decorative, ornate cross-shaped fastener in the top right. A quill pen with a brown and black feather lies diagonally across the bottom left of the paper. The text 'Una carta a mis amigos católicos' is written in a bold, black, cursive calligraphic style. The word 'Una' is the largest and most prominent, with a large loop on its left side. The rest of the text follows in a similar style, with 'carta' and 'católicos' having large loops at their ends. The background shows the texture of the wood and some dark, circular objects, possibly ink blots or other fasteners.

Una
carta
a mis
amigos
católicos

Por Jimmy Swaggart

UNA CARTA A MIS AMIGOS CATÓLICOS

Por Jimmy Swaggart



Javier García E.

Traducción al castellano: A. Carrodegas
Este libro se publicó inicialmente en inglés, bajo el título
de "A LETTER TO MY CATHOLIC FRIENDS" por
Jimmy Swaggart

© 1982 por Jimmy Swaggart

Edición en castellano

© 1984 por el Ministerio de Jimmy Swaggart

P.O. Box 2550, Baton Rouge, Louisiana 70821-2550

Todos los derechos reservados.

UNA CARTA A MIS AMIGOS CATÓLICOS

Hace ya bastante tiempo que el Señor me ha estado haciendo sentir una carga y un amor especiales por el pueblo católico. No los puedo explicar, pero lo cierto es que están en mí y me los dio Dios.

Pienso que posiblemente sean muchos nuestros amigos y colaboradores que comparten esta carga conmigo, porque recibo muchas cartas relacionadas con ellos (los católicos) y sus doctrinas. Este mes me enfrenté al tema, y una vez metido dentro de él, me di cuenta de que era demasiado

amplio para tratarlo en nuestra columna de preguntas y respuestas. No obstante, debido a su gran importancia, quisiera compartir con usted mis sentimientos y presentarle aquellos textos bíblicos que, según creo, verificarán la respuesta que voy a dar a cada una de las muchas preguntas que nos llegan a la oficina.

PREGUNTA

Estimado hermano Swaggart: si un católico romano llega a ser salvo (nacido de nuevo), ¿qué le sucede a su relación con la iglesia católica? ¿Puede *permanecer* en la iglesia, o debe salir de ella?

RESPUESTA:

Le doy gracias por su pregunta y agradezco la oportunidad de responderla, porque tiene algunas consecuencias espirituales de extrema importancia.

Como ya dije, amo al pueblo católico. Dios parece haberme dado una carga especial por los numerosos y magníficos cristianos católicos que se están acercando al Señor Jesucristo, y ellos

ocupan un lugar especial en mi corazón. Creo que nuestros amigos católicos pueden sentir y palpar esta carga que Dios ha puesto sobre mí, porque son muchos miles los que ven nuestro programa televisado, no sólo en Estados Unidos y en Canadá, sino en América Latina, en las Filipinas y en todo el mundo.

Siempre estoy consciente de esta realidad cuando predico, y creo que mi carga y mi afecto por los católicos son evidentes, porque ellos parecen sentir mi preocupación. Creo que sienten la sinceridad total con la que trato de ministrarles.

Por supuesto, al mismo tiempo trato de no evadir nunca las realidades. Creo que, para servir verdaderamente al Señor, hay que enfrentarse a todos los problemas de frente y con sinceridad. Ha habido ocasiones en que los católicos se han airado por declaraciones que he hecho, pero todo cuanto he dicho, siempre lo he dicho con amor. Porque los amo, quiero decirles la verdad.

El peor enemigo que puede tener una persona es aquel que, por el motivo que sea, la trata con falta de honradez. Por otra parte, la persona que está dispuesta a decir la verdad — aunque sepa que esa verdad puede no ser agradable — es la *verdaderamente* amiga.

UNAS PALABRAS DE EZEQUIEL

En Ezequiel 3:18,19, este gran profeta de Dios dijo lo siguiente: *“Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablares, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma.”*

Estas palabras, dichas por el profeta tal como las había recibido de Dios, son *muy* concretas. En realidad están diciendo que Ezequiel, quien era profeta de Dios, *tenía* que poner sobre aviso a los hombres, aun cuando a muchos no les gustara lo que él decía. Si ellos persistían en *rechazar* obstinadamente esa advertencia, la pérdida de sus almas no sería contada contra *él*, porque él los *había* puesto sobre aviso. En cambio, si se perdían porque él *no* los había alertado, entonces se le pedirían cuentas *a él*.

Esa es la posición en que me encuentro yo hoy. Fui llamado por Dios para ser ministro del Evangelio. Las palabras que escribiré aquí han sido *humedecidas* por muchas lágrimas, y creo que

Dios me las ha dado para que a mi vez se las entregue a aquellos para los cuales están destinadas. No serán entregadas con gozo, sino más bien con pesadumbre, porque sé que ofenderán a algunos. Sin embargo, creo que son ciertas y que se *deben* decir; debo proclamar este mensaje, si quiero librar mi propia alma. En otras palabras, no tengo otra alternativa.

Esta es mi carga cuando pienso en los millones de católicos que ven mi programa televisado: ¿Cómo voy a ser capaz *yo* de presentarme ante Dios, si *ellos* llegan ante El, sólo para escuchar las hirientes palabras “*Nunca os conocí; apartaos de mí*” (Mateo 7:23)? Tristemente, su única defensa sería responder: “Nunca nadie me lo dijo.”

Por eso, *tengo* que decirlo con amor, cuidado y compasión, pero *tengo* que revelar la verdad, tal como me ha sido dada.

EL MAYOR AVIVAMIENTO DE ESTOS ULTIMOS DIAS

En los últimos años hemos visto un gran derramamiento del Espíritu Santo en todo el mundo. En este gran mover de Dios, son muchos los miles de personas que han sido salvas y llenas

del Espíritu. Le damos gracias a Dios por esto. Bendecimos y alabamos a Dios por las obras de su Santo Espíritu.

Quiero pensar que, en muchos casos, este indigno ministerio ha contribuido a alimentar y adelantar este gran mover de Dios. Tuvimos primero nuestro programa radial “La hora de campaña”, presentado en unas seiscientas estaciones de radio, que ayudó a impulsar el gran movimiento carismático. Ahora tenemos nuestro programa de televisión, que llega a millones de personas y está haciendo que muchas encuentren en el Señor Jesucristo su Salvador personal.

Le doy gracias a Dios por el privilegio y la oportunidad que nos ha dado de servirlo en este gran derramamiento del Espíritu Santo. En este mover de Dios están recibiendo la salvación personas procedentes de todos los tipos de vida. Hoy en día están naciendo de nuevo más católicos que en ningún momento anterior de la historia. En esto se incluyen muchos sacerdotes y monjas. ¡Cuánto se lo agradecemos a Dios! Nos regocijamos. Gritamos ¡aleluya! No obstante, hay algo que se debe comprender acerca de la salvación, y también acerca de la plenitud del Espíritu Santo.

Todos aquellos, sean quienes sean —musul-

manes, católicos, protestantes o judíos, ricos o pobres, grandes o pequeños— que vengan al Señor Jesús y cumplan con las condiciones impuestas por Dios al aceptar a Jesucristo como su Señor y Salvador, serán salvos en ese mismo instante. Cada vez que un corazón clama a Dios, cumple con sus exigencias al creer que Jesucristo es el único Salvador de la humanidad y le permite al Señor Jesús que entre en su vida, esa persona nace de nuevo. Puede suceder en cuestión de segundos; de hecho, *sucede* a diario y *ha sucedido* en todos los países del mundo.

Esto es igualmente cierto respecto de la plenitud del Espíritu Santo. Después que alguien es salvo, sea quien fuere, o tenga la situación que tenga en la vida, y sin que tenga que ver nada cuánto sepa o *no sepa* de la Biblia — aunque esté metido en el error y la tradición en su manera de adorar — aun así, la fe puede obrar, mientras la luz del Espíritu Santo llena su corazón y su vida. Dios *bautiza* a esa persona con su Santo Espíritu, y no importa quién o qué sea en ese momento.

Sin embargo, esto no significa que, porque Dios haya bautizado a alguien en su Santo Espíritu, su situación espiritual previa o la manera de adorar que tenía al suceder su bautismo sean

aquellas en las que Dios quiere que *permanezcan*. Esto sólo significa que la persona se ha acercado a Dios en fe y ha reclamado su promesa, y que el Señor ha honrado esa fe, llenándola con su Santo Espíritu. Tan sencillo como eso.

A QUIEN SE LE HAYA DADO MUCHO, MUCHO SE LE DEMANDARA

A pesar de lo dicho anteriormente, *después* que alguien es salvo (y quizá lleno del Espíritu), se exige mucho de él. Dios espera que vaya caminando en la luz a medida que El se la va dando. Espera que crezca en la gracia y el conocimiento del Señor. Espera de él que siga al Señor Jesucristo. . . *de acuerdo a su Palabra*.

Si esa persona ha estado envuelta en el error, en enseñanzas equivocadas, o en una iglesia que no cree realmente en Dios, éste espera de él que *salga* de esa iglesia, que enderece sus caminos, y que le permita trabajar dentro de su corazón y su vida. Es muy poco lo que se exige de la persona que no conoce a Dios, pero se exige *mucho* de esa persona *después* que ha llegado al conocimiento salvador del Señor Jesucristo.

Fundamentalmente, de esto es de lo que esta-

mos hablando. Aquí es donde radica el problema. En mi opinión, hay muchos miles de católicos que han nacido de nuevo. Aman al Señor Jesús con todo el corazón. Sin embargo, muchos miles de ellos (incluso sacerdotes y monjas) deciden permanecer en la iglesia católica. ¿Es correcto? ¿Están actuando bíblicamente bien al hacerlo? ¿Qué les sucederá a estas personas si persisten en mantener esta posición?

Pienso que se debe hacer una pregunta: ¿Es realmente importante? ¿Importa realmente que una persona sea protestante o católica? ¿Importa que una persona pertenezca a una u otra iglesia determinada? ¿*Cuentan* para algo estas cosas?

Por supuesto, muchos dirán que *no* importa. Muchos predicadores huyen de este tema, y proclaman al mundo que lo único que tiene importancia es que la persona ha llegado al Señor Jesucristo. Lo admito: el hecho de que esa persona sea salva es de *inmensa* importancia. No obstante, hay que hacer ahora otra pregunta: “¿Qué le pasa a una persona *después* de recibir la salvación?”

Este período posterior a la experiencia de salvación es tan importante, que la mayor parte del Nuevo Testamento nos fue dada para enseñarnos a los cristianos cómo vivir, cómo caminar en la luz,

cómo conducirnós, y cómo seguir al Señor Jesucristo.

Si un cristiano, aunque sea genuinamente salvo (nacido de nuevo) y bautizado en el Espíritu Santo de acuerdo a Hechos 2:4, decide permanecer en una atmósfera de error, entonces su crecimiento espiritual será detenido (al menos), y es posible que las consecuencias sean peores aún. Espiritualmente, esa persona puede llegar a destruirse, si insiste en caminar en sentido contrario a la luz que Dios le ha dado.

Una inmensa obligación entra en el corazón de las personas una vez que han sido salvadas por la sangre de Jesucristo. Ya no se pertenecen a sí mismas, sino que han sido compradas con un precio (1 Corintios 6:20). Ese precio fue la indescriptible agonía sufrida por Jesús cuando colgaba de la cruz. Por tanto, nosotros debemos tomar *nuestra* cruz y *seguir* al Señor Jesús (Marcos 8:34). Se nos *ordena* seguir al Señor, a dondequiera que nos dirija. El precio puede ser la pérdida de amigos, parientes, iglesia, madre, padre, seguridad en el trabajo, o incluso nuestra propia vida. Lea Mateo 10:34-38. El Señor fue muy concreto respecto de esto en todas sus enseñanzas y en los cuatro evangelios.

Hemos llegado al momento decisivo al hablarles a nuestros amigos católicos. ¿Qué *deben* hacer? ¿Está correcto (ante los ojos de Dios) que permanezcan en la iglesia católica después de nacer de nuevo? ¿Se convertirán en “mejores católicos”? ¿Qué *deben* hacer? ¿Deben *salir* de la iglesia católica, renunciar a sus prácticas y normas, buscar otra iglesia e identificarse con ella? ¿Cuáles son las respuestas a estas preguntas?

Permítame hacer una pausa un momento, antes de comenzar a responder estas preguntas, porque quiero intercalar este pensamiento: aunque hoy estoy hablando concretamente de la iglesia católica romana, gran parte de lo que diré se podría referir igualmente a un buen número de religiones más. Para que los católicos no se sientan ofendidos cuando hable de determinadas prácticas de *su* iglesia, espero que comprendan que hablo con igual fervor contra todo aquello que considero contrario a las Escrituras en *cualquier* denominación. Como aquellos que me han seguido los pasos por algún tiempo saben, esto incluye también a las iglesias pentecostales.

Donde está el problema con demasiada frecuencia, es en la tendencia que tenemos a “identificarnos con nuestro equipo local”. Si somos

demócratas, el partido demócrata no puede hacer nada equivocado. Si somos miembros de un sindicato, el sindicato nunca se equivoca. Si pertenecemos al Club de Leones o a los Rotarios, el Club de Leones, o el de Rotarios, no hace nunca nada mal hecho. Igualmente, si somos católicos, la iglesia católica no puede hacer nada mal hecho. Naturalmente, lo cierto es que *cualquiera* puede estar equivocado, y si *nosotros* no buscamos la verdad con diligencia, podemos ser los equivocados.

Jesús dijo (en Mateo 7:14): "*Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.*" Dijo además (en Juan 5:39): "*Escudriñad las Escrituras. . .*" y también (en Juan 8:32): "*La verdad os hará libres*".

Por consiguiente, quiero aclarar cuanto antes que estoy examinando prácticas *opuestas* a las exhortaciones bíblicas, y que de ninguna manera me estoy lanzando a una mezquina "caza de brujas", simplemente porque alguien use un cuello o una ropa que sean distintos a los que yo llevo. Amo a todos aquellos que amen al Señor Jesucristo y se esfuercen por seguir las indicaciones que han quedado escritas en su Palabra, y cuando hallo alguien que ame a Dios, pero no siga lo que

El ha dispuesto que sigamos, no por eso lo amo menos. Sin embargo, siento una abrumadora necesidad de abrir la Palabra de Dios y dirigir su vista hacia los pasajes que *no* están obedeciendo.

Creo firmemente que cuando se pone un huevo debajo de una gallina *muerta*, no se consiguen dos animales *vivos*. Al final lo que habrá será dos *muertos*. Por eso creo que la iglesia a la que asiste una persona es una cuestión de importancia vital. Durante años he predicado que la iglesia que escoja es la segunda cosa en importancia de cuantas haga una persona en la vida; el hogar es la primera.

Durante años he enseñado y predicado que el *nombre* que haya encima de la puerta de la iglesia no importa mucho, pero lo que se enseña detrás de esa puerta es *absolutamente* importante. Por consiguiente, todo cristiano debe encontrar una buena iglesia que se base en la Biblia y la predique, y se dedique a ganar almas, y donde prevalezca el Espíritu Santo. Esto es absolutamente vital en el crecimiento y el desarrollo espiritual.

Sin embargo, ahora estamos hablando de la iglesia católica. Por tanto, veamos las costumbres y creencias de este cuerpo eclesiástico en particular. Sin duda alguna, lo que voy a decir les va a

molestar a algunos católicos, pero lamentablemente son verdades fundamentales. No será recibido con gozo alguno por muchos que han hecho de la iglesia católica su hogar espiritual durante toda la vida o parte de ella. No obstante, digo nuevamente que estas verdades se fundamentarán en las Escrituras y en datos de la historia secular, y hablaré *solamente* de aquello que creo que Dios me está impulsando a decir.

I. LA IGLESIA CATOLICA

La iglesia católica afirma que es *la verdadera* iglesia en todo el mundo. Con esto quiere decir que es la *única* iglesia que se puede seguir a lo largo de una línea ininterrumpida hasta los tiempos apostólicos (la época del Nuevo Testamento). Básicamente enseña que sólo aquellos que están *dentro* de la iglesia católica se salvarán.

La iglesia católica enseña que Cristo fundó su iglesia sobre Pedro. Dicen que Pedro fue el primer papa, o cabeza de la iglesia, y que este primado (jefatura de gobierno) dado por Dios ha descendido desde Pedro a través de los años, a todos los papas católicos. Por consiguiente, afirman que la iglesia católica es la única iglesia verdadera, y que

sólo ella (en la persona de los sacerdotes) puede perdonar los pecados y dar absolución.

En sus enseñanzas acerca de Pedro como el primer papa, afirman que éste fue el vocero de Cristo en la tierra, que residió en Roma, que fue el vicario (representante en la tierra) de Cristo, y que ejerció toda la autoridad y poder de Cristo.

Todos los papas posteriores de Roma (en la doctrina católica) heredan la autoridad de Pedro. Se enseña que el papa es infalible cada vez que hace un pronunciamiento oficial.

También se enseña que María fue llevada corporalmente al cielo y que fue perpetuamente virgen; que nunca tuvo más hijos que Jesús y que José nunca la “conoció”.

La tradición católica sugiere que las oraciones dirigidas a María llegarán a Dios Padre mejor que por cualquier otro medio, y que es María —no Jesús— la medianera entre Dios y el hombre. Está muy poco definida la distinción entre Dios Padre y Jesús en la mente de la mayoría de los católicos; de aquí su tendencia a pensar *tanto* del Padre como del Hijo, como “Cristo”.

La tradición católica declara que durante la misa, el pan se convierte realmente en el cuerpo físico del Señor Jesucristo y el vino se convierte

realmente en su sangre física (transubstanciación). La tradición católica declara además que los sacerdotes pueden perdonar los pecados. Asimismo, esta tradición decreta que los sacerdotes deben permanecer célibes.

Jesús dijo, en una de sus más fuertes acusaciones frente a los errores de la “verdadera iglesia”, que estaban “invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido” (Marcos 7:13a). Yo sostengo que, en bloque, las “tradiciones” de la iglesia católica son contrarias a la Biblia y contrarias a Dios. No hace tanto tiempo que la iglesia católica quemó gente —decenas de miles— por leer la Biblia. Hace sólo una generación, a los católicos se les prohibía leer la Biblia. La posición era que si había algo importante en ella, el sacerdote se lo diría al pueblo común. Lamentablemente, ni siquiera los sacerdotes leen tanto la Biblia, y se les ha proporcionado en cambio una versión editada mucho más corta, conocida como *Breviario*. Hoy, debido a la presión pública y a las preguntas que hacen surgir los pentecostales católicos que han entrado en contacto con la Biblia, la posición contraria a ésta que tenía la iglesia ha sido algo modificada. Aun así, las doctrinas de la iglesia católica están formadas

básicamente por tradiciones humanas, apócrifas, míticas y legendarias, en vez de basarse en la Palabra de Dios.

Dondequiera que reina la superstición hay tinieblas espirituales e intelectuales. Dondequiera que el catolicismo ha dominado una cultura, se han *fabricado* tradiciones increíbles para obtener la devoción (y el apoyo económico) de las personas de escasa cultura. Ha habido “pedazos de la vera cruz” (la cruz verdadera), “clavos de la vera cruz”, pañuelos, vestimentas e innumerables artículos de esta naturaleza, entre ellos las “reliquias” (huesos, dedos, órganos internos) de uno u otro santo. Se supone que estas cosas “demuestran” la veracidad de las diversas tradiciones en que se basan las doctrinas católicas. Estas tradiciones e invenciones son propagadas y promovidas continuamente.

Sostengo que la superestructura y la organización católicas no son en realidad una organización *cristiana*. Sus afirmaciones acerca de sí misma son falsas. Cuando se quitan todas las cortinas de humo y las evasiones, es en realidad una *religión falsa*. No es una religión cristiana, y *definitivamente*, no es la “Iglesia de Cristo en la tierra”, como afirma ser.

Me doy cuenta de que estas palabras desatarán la ira (quizá la furia) en el corazón de muchas personas que las lean. Sin embargo, al mismo tiempo, tengo que hablar la verdad. Tengo que decir lo que sé que es la verdad. No estamos hablando de un partido político o de una organización fraternal. Estamos hablando de almas humanas eternas. Una vez más, digo como Ezequiel: “Si yo se lo advierto, entonces no se pedirá cuenta de su sangre (su destino) a mis manos. Si me *niego* a decir la verdad, entonces yo tendré que responder ante Dios por su alma eterna.”

Quiero mirar concretamente algunos de los errores de la doctrina católica. No será un estudio profundo de cada tema. Eso exigiría un libro que tuviera un centenar de veces (o más) el tamaño de éste. No obstante, oro para que pueda tocar ciertos asuntos que le muestren la falsedad de las doctrinas que están causando que muchos millones de seres humanos se pierdan para siempre.

Cuanto diga, lo diré con amor. Lo diré porque siento preocupación y compasión. Lo diré, porque en el precio que Jesús pagó en el Calvario, quedaron incluidos todos los humanos de todas partes. Lamentablemente, *no se puede* decir sin perturbar seriamente a algunos, pero digo: “¡Ay de mí si no

anunciar el evangelio!” (1 Corintios 9:16).

II. ¿FUE PEDRO EL PRIMER PAPA?

La iglesia católica sostiene que Pedro recibió el poder de perdonar pecados. Sostiene que él fue el primer papa y que la sucesión papal (el primado de Pedro) desciende a todos los papas posteriores desde él. ¿Es esto cierto? ¿Es exacto?

En (Mateo 16:18,19) el Señor Jesús dijo estas palabras: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.”

Lamentablemente, esto no significa lo que la iglesia católica ha usado a través de los años para levantar su estructura: que Jesús estaba convirtiendo a Pedro en el primer papa.

La palabra griega traducida “Pedro” es petrós. (Petrós) significa un pedazo de una roca, un guijarro, una piedra pequeña. En cambio, (petra) significa una masa rocosa, un peñasco o una montaña de roca. Es muy fácil comprobar que esto es

cierto, consultando el diccionario griego de una concordancia.

Por tanto, lo que Jesús dijo realmente (en Mateo 16:18) fue: “Pedro, tú eres un guijarro salido del gran bloque, y sobre ese bloque voy a construir mi iglesia.” ¿Qué era la roca, el bloque, la gran montaña de piedra? Pablo nos dice en 1 Corintios 10:4 que “la roca era Cristo”. Puede encontrar otros textos con autoridad que se refieren a Cristo como la roca, leyendo Daniel 2:34,35, Daniel 2:44,45, Mateo 21:42-44, Marcos 12:10, Lucas 20:17,18 y muchos pasajes más.

No tengo la intención de insistir demasiado en este punto, pero ya que podría decidir el destino eterno de alguien, ciertamente se merece uno o dos párrafos. Lo que Jesús estaba diciendo era que sobre El mismo (sobre Jesús) se construiría su iglesia eterna, perpetua y grandiosa. ¿Cómo habría reaccionado Pedro ante esta afirmación de que era Jesús y no él sobre quien sería edificada la iglesia? Vayamos a 1 Pedro 2:4-8 y veamos. Aquí, Pedro mismo declara sin dejar lugar a dudas que Jesús es la roca sobre la cual está edificada la iglesia. No hace afirmación ninguna de ser él (Pedro) esa roca.

La afirmación de Jesús (en Mateo 16:19) “Y a

ti te daré las llaves del reino de los cielos” es usada también como autoridad para Pedro (y todos los “papas que le sucedieron”), para ejercer poder terreno sobre la iglesia.

Sin embargo, vemos en las últimas tres palabras que Jesús le dio a Pedro las llaves del reino de los cielos. ¿Qué hacen las llaves? Proporcionan acceso. ¡Abren la puerta! Ciertamente, Pedro, en su gran sermón del día de Pentecostés, les abrió las puertas del cielo (la salvación) a los primeros tres mil de los millones de seres humanos que serían salvos posteriormente a lo largo de los siglos. En vista de esto, con toda certeza Mateo 16:19 es una maravillosa *profecía* acerca del papel único *inicial* que Pedro tuvo en la iglesia, pero muy difícilmente puede ser una autoridad sobre la cual se puede construir una estructura política de dos mil años.

No hay registro escrito (de Pedro, ni de ningún otro autor en la Biblia) donde se diga que Pedro tuvo una posición venerable dentro de la iglesia, o que nadie lo debía suceder en posición alguna. Hechos 1:15 afirma que Pedro “*se levantó en medio de los hermanos*”. Hay una expresión similar cuando se habla de él en el primer concilio general de los discípulos en Jerusalén. Es obvio

que no era el que presidía la reunión. Al leer Hechos 15:1-29 y Gálatas 2:7-15, se ve claramente que los demás apóstoles *no* le tenían a Pedro un respeto o veneración especial. Tal parece que, si *alguien* se le debe conceder una posición de primacía en esa primera reunión general, ése sería Jacobo, el hermano de Jesús. El fue quien resolvió la disputa doctrinal entre Pedro y Pablo, y su decisión es seguida aún por la iglesia de Cristo hoy. En cambio, Pedro declaró que no tenía ambición alguna, más allá de ser apóstol por don y anciano por oficio (1 Pedro 1:1 y 1 Pedro 5:1).

Se puede llegar a una comprensión mejor de la forma en que interpretaba Pedro su propio papel dentro de la iglesia, leyendo Hechos 10:25,26. Aquí Cornelio, al encontrarse con Pedro, se arrodilló ante él. ¿Qué hizo Pedro? Se sintió confundido y molesto. Le dijo a Cornelio que *no* se arrodillara ante él, porque eran iguales como hombres. Es obvio que la reacción de Pedro en esta circunstancia no es seguida por los papas actualmente, puesto que sonríen ante las multitudes que se arrodillan delante de ellos durante los cultos y las apariciones públicas.

El poder dado a Pedro para atar y desatar (Mateo 16:19) fue compartido por *todos* los discí-

pulos. Una cuidadosa lectura de Mateo 18 demuestra esto con claridad. Apocalipsis 1:18 muestra sin lugar a dudas que *no* se refería al destino eterno de las almas, puesto que esta terrible responsabilidad fue retenida por Jesús *sola-mente*. En Apocalipsis 20:11-15 se confirma esto de nuevo.

Pedro *nunca* afirmó tener el poder de salvar o condenar a las personas. Nunca declaró que era la cabeza de la iglesia. No hay nada que esté escrito o insinuado en la Palabra de Dios, que afirme que lo era. El nunca insinuó siquiera que podía perdonar los pecados con su propia autoridad (como hacen los sacerdotes católicos hoy). En cambio, esto es lo que Pedro predicaba: *“De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre”* (Hechos 10:43).

No hay una sola palabra en las Escrituras que sugiera que ninguno de los apóstoles (o el mismo Pedro) lo mirara a él como la cabeza de la iglesia. Pablo escribió en Efesios 2:19,20: *“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos (discípulos), y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal*

pedra del ángulo Jesucristo mismo."

Como ve, *el Señor mismo* es la piedra principal del ángulo y el fundamento. ¡Los apóstoles y profetas fueron edificados *sobre* Cristo! Todos ellos eran exactamente iguales en estatura —tal como lo son todos los cristianos de hoy— *bajo Cristo*.

Hasta hubo un tiempo en que Pedro pareció vacilar y se sintió confuso en cuanto a doctrina, por lo que es obvio que no disfrutaba de la infalibilidad papal. En el tema de la gracia contra la ley, el apóstol Pablo escribe en Gálatas 2:11 lo siguiente: "*Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar.*" Usted debería leer el resto del pasaje, para darse cuenta de todo el significado de aquel incidente.

Yo le pregunto a cualquiera que tenga una mente abierta: ¿Nos muestra esto a alguien que era la cabeza absoluta de la iglesia; en otras palabras, *el papa*? ¿Se evidencia que él pensara tener las llaves del cielo, la posibilidad de dar o retener la salvación? En absoluto. Pedro sólo era un hombre, y fue él mismo el que lo dijo en Hechos 10:25,26. El era *uno* de los discípulos. Era una persona muy cercana al Señor Jesucristo, uno de los primeros entre los doce apóstoles, pero no

tenía más autoridad que Pablo, o cualquiera de los demás apóstoles. Cuando actuó mal, Pablo se sintió perfectamente libre para reprenderlo.

Si alguien afirma que Pedro reclamó para sí el poder de perdonar los pecados o la posición de cabeza de la iglesia, o bien desconoce la Biblia, o ignora *voluntariamente* la Palabra de Dios. No se puede deducir esto de lo que dice la Biblia, y las palabras del mismo Pedro indican que él no pensaba así.

Para comenzar, Pedro no podía haber sido elegido papa, porque era casado. En Mateo 8:14,15 (y en otros dos pasajes) se nos dice que Jesús sanó a la madre de la *esposa* de Pedro, que estaba enferma con fiebre. Mucho tiempo después, Pedro seguía con su esposa, porque Pablo hace una mención de ella en 1 Corintios 9:5, donde llama Cefas a Pedro.

En segundo lugar, no hay evidencia alguna, literaria, histórica, arqueológica o bíblica, de que Pedro haya ido a Roma, o haya estado jamás en Roma. La Biblia no dice que Pedro estuviera en Roma, y Pablo, en su carta *desde* Roma nunca menciona que Pedro estuviera allí. Nunca saludó a las iglesias *de parte de* Pedro, como seguramente habría hecho, de haber estado Pedro allí. En la

historia secular no hay una sola palabra que apoye la afirmación católica de que Pedro vivió en Roma.

En resumen: la iglesia católica está basada sobre la afirmación de que Pedro fue papa; el primer papa de Roma; de que era el vicario de Cristo; de que era el vocero de Cristo y hablaba en nombre de El; de que ejercía la autoridad de Cristo y de que todos los papas posteriores heredan esa autoridad.

Yo sostengo que esto no es correcto, ni bíblica ni históricamente, y que por tanto, la iglesia católica está edificada sobre premisas falsas.

III. LOS PAPAS

Partiendo de Mateo 16:11, los papas afirman que ellos tienen sobre la tierra el poder exclusivo de atar y desatar, y de actuar en lugar de Dios. Sin embargo, si seguimos leyendo en Mateo 18:1-18, se ve obviamente que este mismo poder fue dado a *toda* la iglesia, puesto que Jesús lo repitió a “los discípulos”.

Además, el “atar y desatar” no se refiere en ningún lugar de la Biblia al perdón de los pecados. Atar significa “restringir” a lo largo de toda la

Biblia, y desatar significa “liberar”. Habría una interpretación mucho más lógica de este poder, si se lo relacionara con el enfrentamiento a los poderes demoníacos y a la sanidad de enfermedades causadas por estos mismos poderes.

En cuanto al perdón de los pecados, nos bastará con leer Romanos 3:23-25, donde se nos indica claramente que la *única* fuente y reserva de este poder (de perdonar los pecados) se halla en Jesucristo. Pablo dice en este texto: *“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.”* No hay sugerencia alguna, aquí o en ninguna otra parte de la Biblia, de que la gracia *exclusiva* de Jesús sea transferible a *nadie*.

En realidad, a lo largo de todo el período en que fue escrito el Nuevo Testamento, y durante los trescientos años posteriores a él, no hubo un solo papa católico. Más aún: ¡durante todos esos mismos trescientos años no existió una iglesia católica tampoco! Para que la jerarquía católica sea

convinciente en sus afirmaciones de que hay una línea ininterrumpida de “vicarios de Cristo” desde Pedro hasta hoy, es necesario prestarle alguna atención a esta ruptura de trescientos años en la supuesta cadena. En realidad, el modelo actual del cargo papal comenzó cuando el emperador Constantino encontró útil *formar* la iglesia como instrumento político, como la iglesia estatal del Imperio Romano.

En realidad, un papa es un hombre débil y necesitado, como cualquier otro. Puede ser un hombre bueno, un hombre lleno de compasión, o un hombre malvado también. Muchos de los que han ocupado este cargo a través de los años han sido increíblemente viles y malvados. Algunos han sido hombres muy buenos. Ahora bien, el papa es totalmente igual a cualquier otro hombre. Es un pecador que necesita ser salvo por la sangre de Jesús. De no ser así, morirá condenado para siempre, tal como nos sucedería a usted y a mí.

La Biblia dice con mucha claridad que nadie puede hablar en nombre de Dios, excepto cuando habla bajo la unción del Espíritu Santo, y aun entonces, lo hará en total acuerdo y conformidad con la Palabra escrita de Dios. Nadie, sea quien fuere, tiene derecho alguno a formular nuevas

doctrinas, o a cambiar ninguno de los mandatos de la Biblia (Gálatas 1:8,9 y Apocalipsis 22:19).

Pobres y dignos de lástima son aquellos que piensan haberse enriquecido espiritualmente por haberle besado el anillo o la mano al papa, haberlo tocado o llevar consigo algo “bendecido” por él. Se están engañando a sí mismos, porque el papa no puede salvar. El no puede hablar por Dios. Sus palabras no tienen más peso que las de cualquier otra persona. El error que es perpetrado por este mito ha causado y causará la perdición de millones de personas.

El papado en sí es una invención que era desconocida en los días de Cristo y de los apóstoles, y durante el siglo primero de la era cristiana. La tradición católica afirma que Pedro fue el primer papa. Entonces, ¿quién fue el segundo? Todos los eruditos bíblicos saben que no hubo papas durante todo este período.

Durante aquel tiempo no hubo pastores que reclamaran para sí la autoridad y posición que actualmente reclaman los pontífices romanos. En realidad, la tradición del papado se ha desarrollado y transformado grandemente a lo largo de los años. El doctor Lorraine Boettner nos dice que el título de papa, o de obispo universal, fue dado

por primera vez a Bonifacio III por el emperador Focas en el año 607 d.C., después que Gregorio I lo rechazara. La veneración al papa, tal como es conocida hoy, aunque aceptada sin vacilación por los católicos modernos, es en realidad una práctica que data de un pasado relativamente reciente.

IV. LOS SACERDOTES

La iglesia católica enseña que se deben confesar los pecados a un hombre —un hombre célibe— y esperar que él los perdone. El sacerdote católico romano dice *Te absolvo*, lo que significa “Te perdono”. En Hechos 10:43, el propio Pedro predica acerca de Jesús: “*De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.*”

No hay nada en la Palabra de Dios que permita o acepte a los sacerdotes de los tiempos modernos. En realidad, es absolutamente contrario a las Escrituras tener sacerdotes humanos hoy sobre la tierra. Cada vez que un hombre afirma que es sacerdote, está quebrantando la ley de Dios. Al hacerlo, está llevando a otros al pecado y al error. Al persuadir a los demás para que le confiesen sus

pecados como a sacerdote, no sólo está pecando él mismo, sino que está haciendo que ellos se le unan en el pecado.

Por supuesto que *había* sacerdotes antes que Jesús viniera para morir en el Calvario. Hasta aquellos momentos, la humanidad no podía alcanzar a Dios, si no era a través del sacrificio sustitutivo que sólo los sacerdotes podían ofrecer. En cambio, desde el nacimiento, muerte y resurrección de nuestro Señor (que tomó nuestro lugar y nos compró con su sangre preciosa, 1 Corintios 6:20), sólo ha habido *un* sacerdote (el gran Sumo Sacerdote), Jesucristo. Lo reafirma en Hebreos 8:1, donde dice: *“Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos.”*

Pablo sigue diciendo que hubo muchos sacerdotes *antes* de Jesús, pero después no necesitamos sacerdotes humanos que ofrezcan sacrificios por nuestros pecados. Dice además, en 1 Timoteo 2:5: *“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.”* Desde la resurrección de Cristo, no hay persona alguna que deba (o pueda) intervenir entre el hombre y Dios. El hombre debe ir *directamente* a

Dios a través del Señor Jesucristo, y no acudir a un mediador terreno, aunque éste decida dignificarse con el título de “sacerdote”. Es bien obvio que el título y oficio de sacerdote es algo vacío y erróneo. Al darles una falsa seguridad a los que en él confían cuando les dice “te absuelvo”, el sacerdote les está negando a esas personas la salvación que podrían tener, simplemente aceptando a Cristo como la propiciación por sus pecados (Romanos 3:23-25).

El celibato de los sacerdotes —una situación profetizada en 1 Timoteo 4:1-3, donde Pablo dice: “*Prohibirán casarse*”— ha causado una increíble inmoralidad dentro de la iglesia católica. Las consecuencias de esta torcida insistencia en un celibato ostensible han sido innumerables escándalos sórdidos, trágicos y a veces viles. A pesar de la presión, tanto del laicado como de los sacerdotes, el Vaticano parece estar tan firmemente opuesto al matrimonio de los clérigos como siempre.

Finalmente, y dicho sea entre paréntesis, acerca del sacerdocio católico es interesante notar lo que dijo el Señor en Mateo 23:9: “*Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos.*” ¿Cuál es el título con el que los sacerdotes quieren que se

les llame? ¡Por supuesto, el de “Padre”!

V. LA MISA

La iglesia católica enseña que, durante el “sacrificio de la misa”, el pan se vuelve realmente el cuerpo del Señor, y el vino su sangre. Por tanto, se hace un *nuevo* sacrificio cada vez que se dice misa. Sin embargo, ¿qué dice la Biblia acerca de la repetición de *sacrificios*, como llama la iglesia católica a las misas?

“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

“Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12).

“Pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado” (Hebreos 10:18).

La doctrina católica *requiere* la repetición de sacrificios (algo diametralmente opuesto a las Escrituras), porque dentro de la iglesia católica la salvación obra de forma distinta a la salvación descrita en la Biblia.

De acuerdo a la doctrina católica, una persona se salva (lo que los católicos llaman “estar en gracia”) cuando se confiesa con un sacerdote y recibe su absolución. Lamentablemente, *esta sal-*

vacación sólo es temporal, y dura hasta que cometa el próximo pecado “mortal”. ¿Qué es pecado “mortal”, según la definición católica? Muchas cosas pueden serlo; cosas como faltar a misa, y hasta hace muy pocos años, comer carne en viernes (1 Timoteo 4:1-3).

Naturalmente, no hay nada en ningún lugar de la Biblia que *sugiera* siquiera tal proceder. Cristo fue crucificado una sola vez y para siempre, y es *absurdo* insinuar o decir que tiene que ser crucificado una y otra vez, aunque sea de manera “incruenta”. Lo que la Biblia *sí* dice, es lo siguiente, en Hebreos 6:4-6: “*Porque es imposible que los que. . . recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.*”

No había misas en los días de los apóstoles. Los que estudian historia de la iglesia saben que la misa católica no se desarrolló hasta *mucho* tiempo después de la época apostólica. La doctrina católica (tradicón) también fue desarrollada mucho después de los tiempos en que se escribió el Nuevo Testamento. Todos los buenos estudiosos de la Biblia saben que no se practicaba la celebración de la misa en los días de los apóstoles o de Cristo.

En la iglesia primitiva había una simple cena memorial, sin ornamentos ni sacerdotes. Es posible que tuvieran unos cuantos himnos, testimonios y enseñanzas. Sabemos que la forma de la misa se desarrolló lentamente a través de los años. *No se derivó de Cristo ni de los apóstoles.*

VI. LA VIRGEN MARIA

La doctrina católica dice que María fue perpetuamente virgen, que nunca tuvo más hijos, a pesar de que la Biblia presenta con toda claridad una lista de los hijos de José y María, concebidos y nacidos después del nacimiento de Jesús. Entre ellos estaban Santiago o Jacobo, el que escribió la epístola de su nombre; Judas, quien escribió otra epístola también con su nombre; otro llamado Simón, y *al menos* dos hermanas cuyos nombres no aparecen en la Biblia. Se pueden hallar las referencias a los otros hijos de María leyendo Mateo 13:55,56, Marcos 3:31-33, Lucas 8:19 y otros más que se podrían nombrar.

Se encuentra más confirmación de que María no fue perpetuamente virgen en Mateo 1:24,25. En este texto dice: *“José. . . recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo*

primogénito; y le puso por nombre JESÚS.”

Por supuesto, “conoció” es la expresión bíblica que identifica las relaciones matrimoniales. Las palabras “hasta que” son una indicación indirecta de que José no tuvo relaciones con María hasta que dio a luz a Jesús, pero que sí las tuvo después. Por consiguiente, cualquiera que tenga un conocimiento mínimo de la Biblia se siente fuertemente obligado a rechazar la posición católica de que María permaneció virgen durante toda su vida.

La tradición católica dice que las oraciones dirigidas a María llegarán a su destino y serán respondidas mejor que cualquier otra. Esto se deriva parcialmente de la confusión implícita que hay en el catolicismo respecto de los papeles de Cristo y del Padre. El laico católico suele ver un solo Dios que es a veces Dios Padre y otras veces Jesús. Puesto que es “Dios” quien responde las oraciones, y puesto que es la *madre* de Dios la que le presenta estas peticiones, es más probable que El las responda. Orar a *Jesús*, quien es en uno u otro momento identificado con Dios Padre, no parece tener mucho sentido.

Esta confusión es alimentada por la doctrina católica de que María es la mediadora entre Dios y

el hombre. Esta doctrina no resiste en absoluto la prueba de la Palabra de Dios. Esta dice: "*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*" (1 Timoteo 2:5). El católico comprometido tendrá que decidir *entre* Dios y el papa en este asunto. *No* hay forma alguna de rezarle a María sin desafiar la Palabra de Dios. (Lea también 1 Juan 2:1.)

La doctrina católica perpetra falsos inventos acerca de María. En Jerusalén muestran una cueva sobre la cual fue construida la iglesia de Santa Ana, y dicen que la madre de María se llamaba Ana y que vivía en Jerusalén. No hay indicio alguno, ni en la historia secular ni en la Biblia, de que la madre de María se llamara Ana, ni de que viviera en Jerusalén. Ciertamente, María se quedó en Jerusalén durante algún tiempo indeterminado después de la ascensión de Jesús, puesto que se hallaba en la reunión de oración que se llevó a cabo en el aposento alto, tal como lo describe Hechos 1:14.

En los primeros siglos del cristianismo *no* había culto a María, no existía la doctrina de la Inmaculada Concepción y de que María no había pecado jamás, no había oraciones dirigidas a María, ni se rezaba el Ave María. A medida que la

iglesia se fue deslizando cada vez más lejos de Cristo, de los apóstoles y de la Biblia, se fue desarrollando más esta doctrina de la legendaria “Tradición de la iglesia”. Si lee Marcos 3:31-35, Juan 2:4, Lucas 2:48,49 y Mateo 12:48, verá claramente que Jesús no *veneraba* a María tal como se les prescribe que lo hagan a los miembros de la iglesia católica. Jesús demostró con toda claridad que María era igual a cualquier otro creyente que siguiera sus mandamientos.

Para confirmar esto aún más, vemos que en Lucas 1:46,47, María se refiere a Jesús llamándolo “*el Señor, Dios mi Salvador*”. Si alguien necesita de un Salvador, es porque “pecó, y estaba destituido de la gloria de Dios”. Una vez más es evidente que la Biblia está en diametral oposición con las enseñanzas católicas, y el cristiano católico tiene que decidir *cuál* de las dos fuentes va a aceptar. No hay forma de reconciliar ambos puntos de vista. O María *nació* y vivió sin pecado, como la iglesia católica enseña, o Jesús fue el único ser humano sin pecado, como la Biblia enseña. (Lea Hebreos 5:12 y Romanos 3:23, 5:12.)

En los últimos cien años ha habido un *marcado* aumento en los pronunciamientos católicos

acerca de María. En realidad, son millones los católicos que centran su atención espiritual en María y descuidan a Jesucristo. Se inclinan ante estatuas de María y la veneran como la “Santísima Virgen” y la “Reina del cielo”. Jeremías tiene un comentario sobre esto en Jeremías 7:18. La práctica católica prescribe la oración a María. Le adjudican a ella la perfección impecable que la Biblia le acredita solamente a Cristo.

PARA TERMINAR

Ya hemos utilizado mucho espacio, y en realidad sólo hemos *tocado superficialmente* el cuadro total de la tendencia que tiene la iglesia católica a apoyar prácticas que están inalterablemente opuestas a las advertencias y prácticas de las Escrituras.

Podría hablar del purgatorio, la terrible doctrina que les da a los fieles católicos una segunda oportunidad después de la muerte, según la cantidad de apoyo que reciban de los seres amados que dejaron atrás. Recuerdo haber oído por radio un programa católico en el que el sacerdote describía a los seres amados *casi* fuera del purgatorio, excepto un brazo o una pierna. Bastaba que el

oyente diera una cierta cantidad de dinero, o hiciera ciertas cosas, y entonces podría *sacarlo* completamente para que se fuera al cielo. Por supuesto, esto es ridículo. No hay nada en la Biblia que sugiera ni *remotamente* tal procedimiento. En Apocalipsis 20:15 dice: “*Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.*” Sólo hay dos posibilidades: o nuestro nombre se encuentra en el Libro de la vida del Cordero, o somos arrojados al lago de fuego. No hay tal purgatorio, como lugar temporal de habitación para “quemar” los pecados del pasado, ni “indulgencias” que *compre*n la salida del purgatorio para el pecador.

No hay segundas oportunidades después de la muerte. Todas las oportunidades —segunda, tercera y cuarta— las tenemos de *este* lado de la tumba. *Aquí y ahora* debemos tomar las decisiones que van a determinar nuestra situación *eterna*. Decisiones como éstas: ¿Dónde voy *yo* a buscar la autoridad que rija mi vida espiritual? ¿En la Palabra de Dios, o en la tradición de una iglesia?

Este es el asunto principal que se halla tras todas las palabras que he puesto aquí, y he sentido agonía en mi corazón mientras escribía. Sé cuál será la decisión para muchos. Lamentablemente,

la Biblia declara en Hebreos 9:27 que *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*.

Las misas y otras cosas similares no nos van a hacer amontonar créditos hasta que lleguen a superar los pecados del pasado. Sólo *“una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar. . .”*

Nuevamente, estas palabras no son mías, sino de Dios. Puede leerlas usted mismo en Hebreos 10:26,27. Por tanto, si le parecen perturbadoras, no se moleste en escribirme pidiéndome que me retracte. Son palabras de Dios, no mías, y yo no puedo cambiarlas.

Podría hablar de las oraciones a los santos: de la esperanza de que los “santos” escuchen nuestros rezos y se los presenten a Dios. Por supuesto, no hay indicio alguno en toda la Biblia de que nadie les rezara jamás a los muertos, ni siquiera los apóstoles o los discípulos. El Salmo 6:5 dice que *“en la muerte no hay memoria. . .”*

Eclesiastés 9:10 dice: *“Porque en el sepulcro, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.”* Debemos orar a Dios en el nombre del Señor Jesucristo (Juan 16:23), y a nadie más.

Podría mencionar también el asunto de la

canonización (certificación) de los santos por la **iglesia católica**. Se trata de un complicado procedimiento mediante el cual la iglesia investiga la **vida de ciertos católicos de vida santa y consagrados**, que llevan algún tiempo de muertos. Después que la persona del fallecido cumple ciertos requisitos, el Vaticano certifica que es “santo”. Esto significa que vive en el cielo, y que tiene acceso a Dios para entregarle las oraciones.

¿Le da la Biblia a alguna organización el derecho de juzgar a los difuntos? Hechos 10:42 dice: *“Y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos.”* ¡No hay nada aquí que sugiera algún comité de obispos votando para decidir si alguien está en el cielo o no!

Podría hablar largamente de las “antiguas tradiciones” de la iglesia católica, como se insinúa que son la mayoría de las tradiciones católicas. Veamos brevemente cuán “antiguas” son en realidad algunas de estas tradiciones.

- El celibato de los sacerdotes fue decretado por el papa Gregorio VII en 1079.
- Se prohibió comer carne los viernes a fines de la Edad Media (y se volvió a permitir hace cosa de una década).

- El confesonario no procede de la época del Nuevo Testamento. Fue introducido en la Edad Media. Es una perversión de las enseñanzas de Cristo y de los apóstoles.

Los católicos tratarán de citar las Escrituras para justificar el confesonario (por ejemplo, Santiago 5:16), a fin de “probar” que la iglesia puede perdonar los pecados, pero un examen superficial basta para demostrar que este texto no tiene nada que ver con la práctica católica. No obstante, lo cierto es que, en los primeros siglos posteriores a Cristo, el confesonario tal como se usa ahora era totalmente desconocido. No hay referencias a él en la Biblia.

- La infalibilidad del papa apareció de pronto, sin saber de dónde, en 1870. Esto fue hecho en el Concilio Vaticano I. En realidad, unos hombres *falibles* declararon infalible al papa. Esto nos deja con la perplejidad de no saber si los papas *eran* infalibles antes de 1870 y no lo sabían, o si *se volvieron* infalibles en 1870. En aquellos momentos, la iglesia católica decidió que el papa es infalible cuando habla oficialmente (*ex cátedra*). En esta misma reunión fue donde los poderes eclesiásticos declararon oficialmente que las tradiciones de la iglesia

(tradiciones de hombres) tenían el mismo peso de autoridad que la Palabra de Dios, ¡la Biblia!

- Es ahora “dogma de fe”, y la persona *debe* creer (para poder salvarse) que María fue llevada *corporalmente* al cielo. Han señalado en Jerusalén un lugar donde dicen que sucedió esto. Según la tradición católica, el cuerpo de María fue sacado de la tumba poco después de morir ella, su alma y su cuerpo se volvieron a unir, y fue llevada corporalmente al cielo. Es posible que este hecho fuera descubierto recientemente, porque *no* era doctrina católica oficial antes de 1950, cuando fue proclamado por el papa Pío XII.
- La doctrina de la Inmaculada Concepción de María (sin pecado) fue decretada el 8 de diciembre de 1854. Quizá les llevara 1800 años investigar la vida de María, porque en la Biblia no hay nada que sugiera que fue concebida, nació o *vivió* sin pecado. En el caso de Jesús, la Biblia dice específicamente que no tuvo pecado, por lo que es de suponer que se habría mencionado esto también en el caso de María, de haber sido así.

Podría hablar extensamente de las estatuas, que ocupan lugar prominente en los edificios de

las iglesias católicas. La Biblia dice, en Deuteronomio 4:16 y 5:8,9 que no debemos hacer imagen tallada de nadie ni de nada bajo el cielo, ni inclinarnos ante una. En cambio, ¿qué vemos en casi todas las iglesias católicas, aún hoy? Los feligreses encendiendo velas, colocándolas ante las estatuas y rezando por ciertas peticiones o necesidades especiales.

Por supuesto, la explicación católica es que no son ídolos. Sirven simplemente para “centrar la atención” en el santo al que le están rezando. Sin embargo, *lo real* es que una estatua *es* una imagen tallada, y que la Palabra de Dios prohíbe específicamente esa práctica.

El catolicismo es una secta falsa. La marca de una secta falsa es que proclama alguna autoridad que es ajena a la Biblia, o que añade a ella. La ciencia cristiana pone los escritos de Mary Baker Eddy a la par de la Biblia o por encima de ella. Los testigos de Jehová ponen los escritos del pastor Russell y del juez Rutherford por encima de la Biblia. Los adventistas de séptimo día consideran que los escritos de la señora White, su profetisa, son iguales a la Biblia. Los mormones veneran como inspirado al libro de Mormón. Los que se adhieren a las creencias del angloisraelismo ven la

gran pirámide como una revelación divina. La iglesia católica romana forma sus doctrinas y métodos a partir de pronunciamientos humanos y los clasifica como “tradiciones”, ignorando totalmente la Palabra de Dios y añadiéndole o quitándole, según le parezca. Esto significa que no puede ser la verdadera iglesia, representante del Señor Jesucristo.

Una vez más, afirmo que no había un papa en los tiempos bíblicos, no había sacerdotes en las iglesias del Nuevo Testamento, ni sacrificio de la misa, ni monjas, frailes, confesonario, oraciones a María o enseñanza acerca del purgatorio. Tampoco existía la organización católica romana, o algo que se pareciera remotamente a ella. La posición doctrinal de la iglesia católica en el presente no existía durante los tiempos del Nuevo Testamento, y no guarda parecido alguno con las prácticas de aquellos tiempos.

Al contrario: eran sencillas congregaciones locales de cristianos que adoraban a Dios en Espíritu y en verdad. Todas estas ideas de sacerdocio, monjas, frailes, papas, purgatorio, misas, oraciones *por* los difuntos, oraciones *a* los difuntos, oraciones a la Virgen María, estatuas e imágenes, eran desconocidas por completo en los

tiempos del Nuevo Testamento. En ningún lugar de la Palabra de Dios se enseña el “sistema” católico romano. La religión católica romana no es cristianismo neotestamentario en cuanto a doctrina, organización ni perspectiva histórica.

La monstruosidad católica moderna de herejía y mundanalidad es algo que se ha venido desarrollando a lo largo de los siglos. Como lo mencioné antes, hasta 1950 no se proclamó oficialmente en el mundo católico que María había sido llevada corporalmente al cielo.

Las tradiciones católicas cambian de año en año. El catolicismo se halla muy lejano del cristianismo bíblico, si es que se puede hacer alguna comparación. El Señor repudió la práctica farisaica de ignorar las Escrituras y aceptar las tradiciones de hombres (Mateo 15:6). Si El estuviera aquí hoy en la carne, repudiaría al catolicismo por ser infiel a la Biblia, infiel a lo que El mismo enseñaba e infiel a lo que El les indicó a sus apóstoles que enseñaran. El no fundó la iglesia católica, y Pedro no fue el primer papa. Por consiguiente, es una afirmación espúrea (hecha por la iglesia católica) la de que “la infalible autoridad de la iglesia católica es la verdadera garantía de la inspiración bíblica”. En otras palabras, quitan y

añaden a voluntad, por lo que toda la autoridad se limita a su posición *presente*.

En realidad, la iglesia católica no tiene una autoridad derivada de Dios. No puede garantizar la inspiración de la Biblia, ni hablar en nombre de Dios de ninguna otra forma. La iglesia católica pecó contra Dios cuando le enseñó al pueblo a rezarle a María, cuando le enseñó a rezarles a los muertos y rezar por los muertos y cuando inventó la torcida doctrina del purgatorio. La iglesia católica pecó contra Dios cuando promulgó la ley de que los sacerdotes no pueden casarse. Es una blasfema usurpación de la autoridad de Jesús, que es reclamada para sí por la iglesia católica.

La Biblia nunca fue entregada por Dios a la iglesia católica. Pablo no escribió sus epístolas para ella. Pedro no escribió sus dos epístolas para la iglesia católica, ni la carta de Santiago fue escrita para ella tampoco. Nada de esto era posible, porque la iglesia católica ni siquiera *existía* cuando se terminó de escribir el Nuevo Testamento.

No había un papa en Roma en los tiempos del Nuevo Testamento. No había obispos, en el sentido católico de la palabra. (En la Biblia, la palabra "obispo" significa "pastor".) La verdad pura

y llana es que la iglesia católica romana se ha ido alejando cada vez más del modelo del Nuevo Testamento y de la verdad de Dios. La idea misma de una superiglesia con un principesco papa que afirma ocupar el lugar de Dios en la tierra, es en sí un blasfemo alejamiento de los principios y las verdades de Dios.

El principio de que hacen falta sacerdotes a quienes confesarles los pecados, sacerdotes que ofrezcan sacrificios, está en diametral oposición con la Palabra y la verdad de Dios. La idea de que las tradiciones de la iglesia y de los hombres tienen tanta autoridad como la Biblia, es un alejamiento fundamental y sumamente serio respecto de la verdad de Dios. La autoridad que afirma tener el papa (y los sacerdotes que actúan en su nombre) es una blasfema usurpación de autoridad.

Dondequiera que el catolicismo ha ejercido una amplia autoridad sobre el pueblo, éste se ha visto sometido a la ignorancia, la superstición y el pecado. Si hay una forma segura de que una nación se sumerja en las tinieblas y permanezca en la superstición e incluso en la pobreza, esa forma es darle a la iglesia católica romana poder y autoridad absolutos para que prohíba toda otra forma de culto. Esto ha sido demostrado en todo el

mundo a lo largo de los siglos.

Cuando la iglesia católica le enseña a su pueblo a ofrecer misas por los difuntos y a rezar para sacarlos del purgatorio, cuando les enseña que deben confesarle sus pecados a un sacerdote soltero y esperar de esta forma el perdón divino, cuando les enseña a rezarle a María, afirmando que ella va a interceder por ellos ante Dios, cuando le enseña al pueblo que la salvación se halla en la iglesia más que en Jesucristo, está enseñando herejía, error y contradicción total a la Palabra de Dios.

La Biblia no es un libro católico. La Biblia es el Libro de Dios. No hay iglesia ni denominación alguna que tenga el derecho de decir que es posesión suya particular. La Biblia nos pertenece a usted y a mí, y a todos los demás cristianos que quieran recibirla. No ha sido dada por denominación alguna, y su autoridad no descansa en que la haya proclamado ninguna denominación, ni sus representantes. La Biblia no es un libro católico; es un libro dado por Dios Todopoderoso.

Cada vez que la iglesia católica dice que Jesús le dio a Pedro las llaves *de la iglesia* y que todos los papas posteriores serían la voz de Dios en la tierra, y cuando dice que ella, la iglesia católica

con su papa y sus sacerdotes, es la única forma de salvarse, interpreta las Escrituras totalmente mal y conduce a millones de personas al error y a la destrucción espiritual eterna.

Al concluir quiero decir, como dije anteriormente en este mismo artículo, que la organización católica no es una organización cristiana. Sus afirmaciones son falsas, y es una religión falsa. No es el plan cristiano de salvación, ni el camino cristiano. Todo el que siga sus desviadas doctrinas será engañado y terminará eternamente perdido.

Lo que he dicho, no ha sido fácil decirlo. He hablado con mucha claridad. No he dejado nada sin decir. No he tratado de disimular todo aquello que me parece un error manifiesto que podría conducir a la pérdida de las almas. Esta es la verdad, tal como yo la veo. Creo que todo esto se puede demostrar, tanto desde el punto de vista bíblico, como el histórico, sin que haga falta poner mucho esfuerzo en la investigación.

He entrado en grandes detalles para responder a esta pregunta. No obstante, ni siquiera he comenzado a tocar la superficie de todo cuanto se podría decir acerca de este crítico tema. Creo que Dios ama a los católicos, así como ama a todos los demás humanos. También creo que El salva a

todo aquél que se llegue a El, sea católico, protestante o lo que sea. Creo además que una vez que una persona es salva —si es católica— debe “salir de en medio de ellos, y apartarse”, porque “esto dice el Señor de los ejércitos”.

Es imposible vivir en el error y en la doctrina correcta al mismo tiempo. Tenemos que caminar en la luz que Dios nos ha dado. ¿Cómo es posible que nos asociemos con los “*débiles y pobres rudimentos*” de los cuales hemos sido liberados (Gálatas 4:9) y sigamos manteniendo nuestra posición con Cristo?

No veo de qué manera una monja, un sacerdote o un laico católico puede permanecer en esa tradición después de familiarizarse con la Biblia y darse cuenta de que la tradición católica está en completa contradicción con la Palabra de Dios. En esta situación, ¿cómo pueden esperar mantener su posición con Cristo? Me parece que si han recibido la luz, deben caminar en esa luz a medida que Dios se la va dando.

He aquí algunas palabras *fuertes*. Yo no las escribí, sino que se hallan en la Palabra de Dios. Fueron escritas por el apóstol Pablo en 1 Timoteo 4:1-3 bajo la unción del Espíritu Santo: “*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros*

tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad.”

Al terminar de escribir esto, estoy consciente de que muchos *antiguos* amigos católicos estarán furiosos y jurarán no volver a sintonizar nuestro programa en la televisión. Acepto este hecho con gran pesar. No obstante, *mucho más* trágico sería que yo *no* hubiera escrito esto, y el alma de un solo católico que *podría* haber sido salvo, se perdiera eternamente.

Todas las declaraciones hechas en este artículo son realidades basadas en las Escrituras y en la historia escrita. No son extravagancias verbales de alguien ciegamente opuesto a algo como *opinión*.

Estamos hablando de la Palabra de Dios, y lo que está en juego es la salvación de las almas. Si se me presentara una oportunidad de mostrarles la verdad de Dios y no lo hiciera, me convertiría en “*el más digno de conmiseración de todos los hombres*”.

Oro para que, en amor y caridad de cristianos, mis amigos católicos comprendan y acepten el espíritu con que les he presentado esto y me sigan estimando, así como yo los seguiré estimando a ellos.

60-042
SPANISH